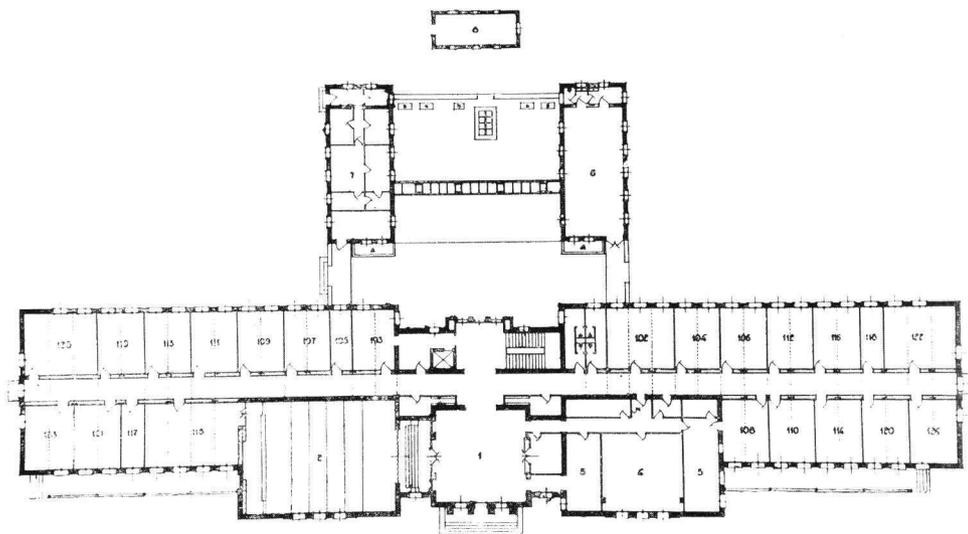


Luis Lacasa (1899-1966) y Manuel Sánchez Arcas (1897-1970) fueron, como ya he apuntado anteriormente, los otros dos arquitectos de la generación de 1925 que trabajaron para la Junta para Ampliación de Estudios; ahora bien, mientras Lacasa lo hizo solamente en el proyecto conjunto del edificio Rockefeller, Sánchez Arcas prolongó su relación de trabajo para la misma hasta 1936. Titulados en 1921 por la Escuela de Madrid, ampliaron estudios en Alemania, el primero, y en Holanda e Inglaterra, el segundo, contactando con la vanguardista experiencia de la arquitectura y el urbanismo alemanes de entreguerras y con las «buenas maneras» de la arquitectura holandesa e inglesa. A su vuelta, los primeros años de trabajo de Sánchez Arcas transcurrieron en el despacho de Zuazo; por su parte, Lacasa desplegaba una amplia actividad difusora de la nueva arquitectura en artículos y conferencias. En 1927 se presentaron, asociados, a la convocatoria de un concurso entre arquitectos españoles para la elección del proyecto que habría de servir de base para la construcción de un edificio destinado a Instituto Nacional de Física y Química de la Junta para Ampliación de Estudios que sería costeado por la International Education Board de la Fundación Rockefeller. Tras quedar seleccionados en primer lugar comenzó una fructífera carrera para ambos que encontró sus mejores logros en su trabajo en la Ciudad Universitaria de Madrid, pero que tiene en este edificio de laboratorios un singular antecedente.

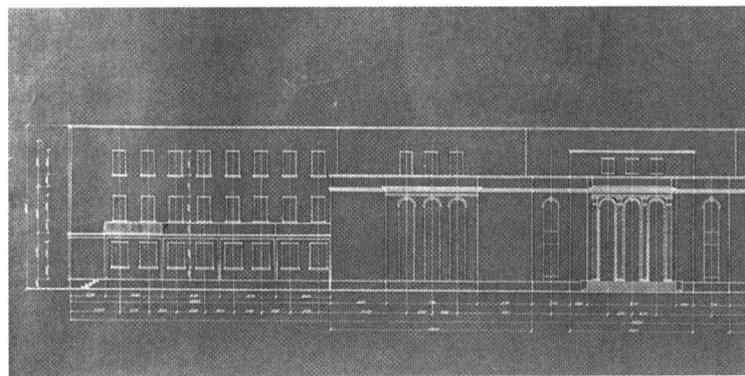
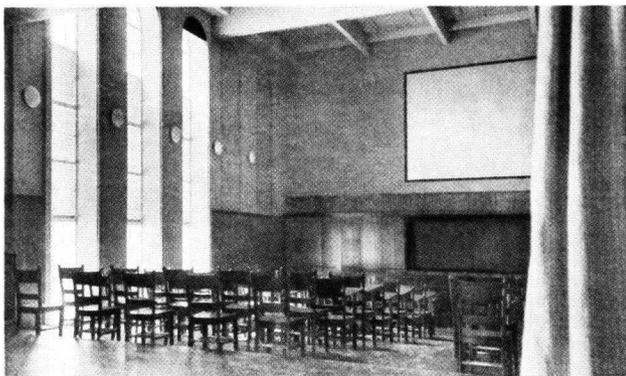


Planta baja del edificio del Instituto Nacional de Física y Química, obra de los arquitectos Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa, Madrid, 1932.





Vista general del Instituto Nacional de Física y Química, más conocido como «el Rockefeller» por haber sido la Fundación Rockefeller la entidad que financió su construcción en Madrid, 1932. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares, Madrid.



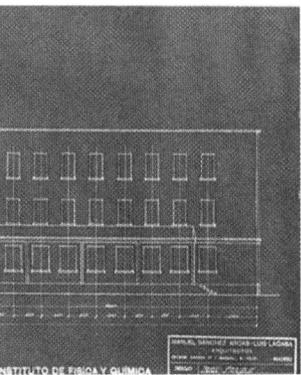
Instituto Nacional de Física y Química en la Colina de los Chopos, Madrid, 1927-1932. De izquierda a derecha y de arriba abajo: fachada posterior; fachada principal, donde puede observarse el monumental pórtico neopalladiano del cuerpo central de acceso, 1932; y salón de actos. Alzado principal del proyecto definitivo para la construcción del Instituto Nacional de Física y Química, de los arquitectos Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa, Madrid. Instituto de Química - Física Rocasolano, CSIC, Madrid.

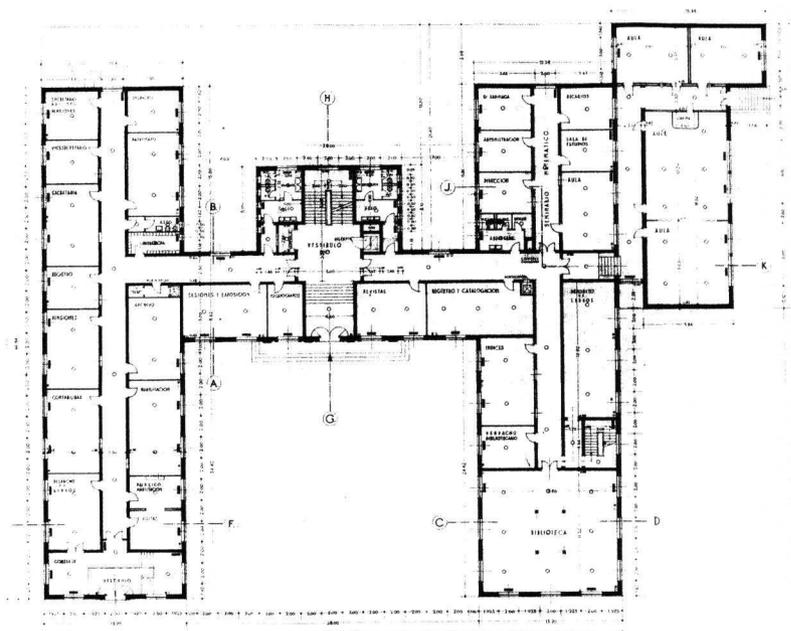
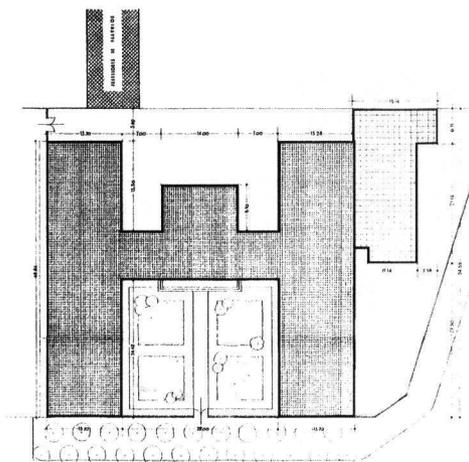
Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa llevaron a cabo en la sede del Instituto Nacional de Física y Química un edificio funcional, en el sentido científico de la disciplina, a la vez que dotado de unos valores de decoro y dignidad en su arquitectura que se proyectan a la actividad que se desarrolla en su interior. La uniformidad de los cuerpos de laboratorios manifestada en la regularidad con que quedan espaciados los huecos iguales en sus fachadas—con independencia de la versatilidad de las dimensiones de los laboratorios fruto de un racionalismo que Lacasa llamaba de tipo americano—, junto a los valores de monumentalidad del cuerpo central y su pórtico columnado, dan las claves compositivas de una arquitectura que fue asumida como arquitectura de Estado por los gobernantes republicanos que inauguraron el centro en 1932, con un sobrio acto presidido por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Fernando de los Ríos.

Sánchez Arcas realizaría más proyectos para la Junta, como el de la nueva Estación de Biología Alpina en el paraje del Ventorrillo de la sierra de Guadarrama, así como otros para el Museo Nacional de Ciencias Naturales o el Laboratorio de Automática de Torres-Quevedo. No obstante, el edificio que hubiera sido la imagen institucional de la Junta y de uno de sus institutos más prestigiosos—el Centro de Estudios Históricos (CEH)— en Madrid, además de proyecto clave en la trayectoria del arquitecto, quedó abortado por el estallido de la guerra civil.

La Junta para Ampliación de Estudios había tenido primero sus oficinas en la plaza de Bilbao y luego en el número uno de la calle de Moreto, siempre en locales alquilados y provisionales. Por su parte, el Centro de Estudios Históricos había pasado por ocupar desde su fundación en 1910, además del anterior domicilio de la Junta, unos locales en el Palacio de Bibliotecas y Museos, un palacete en la calle de Almagro y, finalmente, el edificio del Palacio del Hielo y del Automóvil en la calle de Medinaceli, acondicionado por el arquitecto Pedro Muguruza en 1931 para dar acogida a la nutrida biblioteca, los despachos y los seminarios del centro.

Consolidada la institución, por un lado, y consciente, por otro, de las limitaciones espaciales y estructurales que había acarreado adaptar un edificio concebido para albergar una pista de patinaje sobre hielo para Centro de Estudios Históricos, la Junta para Ampliación de Estudios encargó un proyecto de edificio de nueva planta para su sede definitiva y para la del Centro de Estudios Históricos en la Colina de los Chopos, el espacio urbano que la Junta había escogido para tres de sus centros más significativos: la Residencia de Estudiantes, el Instituto Nacional de Física y Química y el Instituto-Escuela.





Planos del proyecto para el edificio destinado a la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos, de los arquitectos Manuel Sánchez Arcas y Jesús Martí Martín, Madrid, 1935.

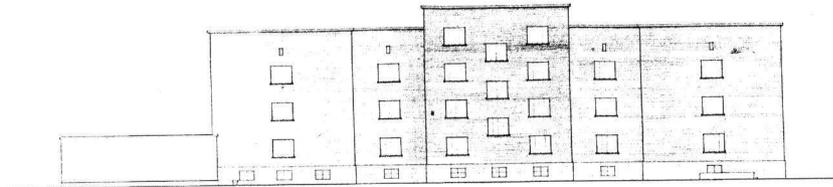
Arriba, planos de emplazamiento y planta baja. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares, Madrid.

En la página siguiente, planos de las fachadas oeste y este y las fachadas sur y norte. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares, Madrid.

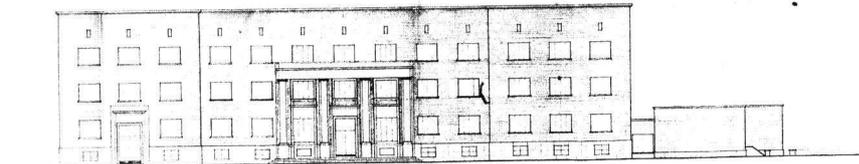
El edificio proyectado por Manuel Sánchez Arcas y Jesús Martí Martín iba a estar situado en la esquina de la calle Serrano con Galván y Candela (actual calle Jorge Manrique), en el solar que hoy ocupa el polideportivo Magariños. Era, como todos los edificios del conjunto, exento y aislado, aunque mantenía la alineación con la fachada del auditorium y la biblioteca de la Residencia de Estudiantes a la calle Serrano, configurando así una fachada pública que daba carácter representativo a una de las instituciones más relevantes de la cultura española moderna. En efecto, cuando el Ministerio de Instrucción Pública encarga a los arquitectos el proyecto a través de la Junta, ésta era una institución que estaba en su tercera década de funcionamiento y que contaba con un prestigio que trascendía las fronteras nacionales. Además, su traslado a una sede definitiva en un conjunto como el de la Colina de los Chopos consolidaba de manera definitiva esta área urbana destinada a centros de carácter educativo-docente y de investigación.

En términos tipológicos, el edificio proyectado adopta una planta en forma de H y consta de tres pisos y un semisótano. Presenta dos accesos principales para el público: uno para el CEH en el eje general del edificio, acusado por un orden jónico apilstrado de impronta clasicista, y otro para la Junta en la alineación de la calle Serrano.

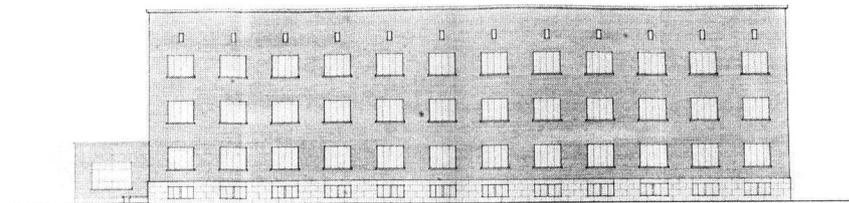
PROYECTO DE EDIFICIO DESTINADO A JUNTA PARA AMPLIACION DE ESTUDIOS Y CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS



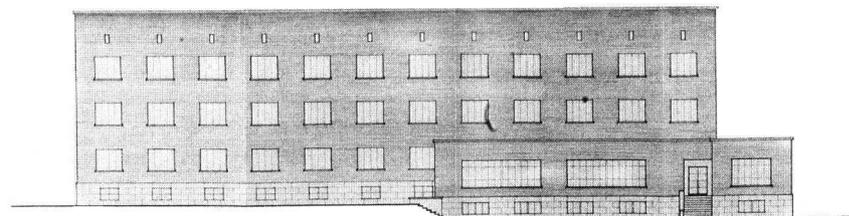
FACHADA OESTE



FACHADA ESTE



FACHADA SUR



FACHADA NORTE

Su construcción, contenida y sobria, con las fachadas de ladrillo visto, al igual que el resto de edificios de la Colina, combinaba los rasgos de racionalismo y monumentalidad moderna, a partir de los cuales puede definirse un proyecto que pretende resolver *racionalmente* un programa complejo y variado, que incluye despachos, seminarios, laboratorios de investigación, bibliotecas y archivos, depósitos de libros, etc., y que emplea recursos de procedencia clásica para dotarlo de la representatividad necesaria y requerida por un edificio de carácter estatal.

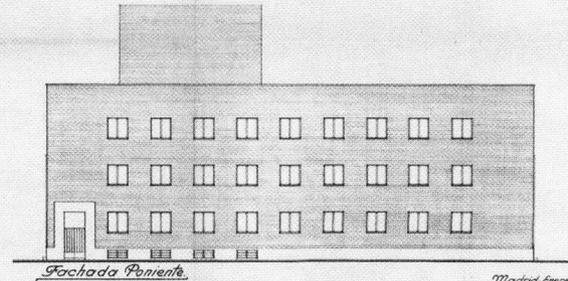
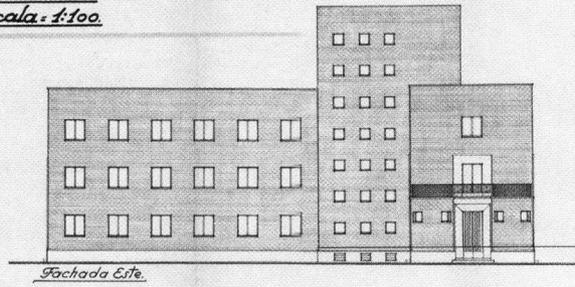
Por otra parte, Carlos Arniches también nos dejó otro proyecto que quedó solamente en el papel. El último trabajo que se encargó en el ámbito de la Colina de los Chopos fue el de la sede del Instituto de Estudios Internacionales y Económicos y las oficinas generales de la Fundación Nacional para Investigaciones Científicas y Ensayos de Reformas, a la que pertenecía. La Fundación Nacional, que había sido creada en 1931 con el ánimo de completar la labor desarrollada por la Junta para Ampliación de Estudios, puso especial interés en el fomento de la investigación aplicada a la industria y en la creación de pequeños núcleos de trabajo capaces de llevar a cabo ensayos de reformas, experiencias científicas y nuevas investigaciones en los más diversos campos, por ejemplo, nuevos tipos de escuelas, bibliotecas, cultivos agrícolas, industrias, sistemas de tributación y administración local, de organización sanitaria, de parcelación de tierras, de repoblaciones forestales, de urbanización, de viviendas rurales, etc.

José Castillejo fue nombrado su director administrativo, cargo que compatibilizó con el de secretario de la Junta hasta 1935. No es extraño, pues, que la Junta planteara su construcción «en los terrenos de la Residencia de Estudiantes con entrada a la calle de Serrano», como podemos leer en el acta de la sesión de 15 de noviembre de 1935, «a fin de que el Instituto sea una de las células del grupo de centros de investigación que en aquellas inmediaciones han sido erigidos». Tampoco que el proyecto que se redactara debía reunir «la modestia y la economía con la buena instalación», utilizando el lenguaje administrativo de la Fundación.

El proyecto no construido —redactado en febrero y replanteado en agosto de 1936, comenzada por tanto la guerra civil— se situaba en la fachada del conjunto de la Colina de los Chopos a la calle Serrano, formando pareja asimétrica con el auditorium y la biblioteca de la Residencia, del que le separaba una calle particular que permitiría el acceso a los campos de deportes y al Instituto Nacional de Física y Química. Su arquitectura, elemental en sus volúmenes y desornamentada en su forma, confía en la macla de los volúmenes, en la masiva fábrica de ladrillo visto y en el rigor compositivo de los

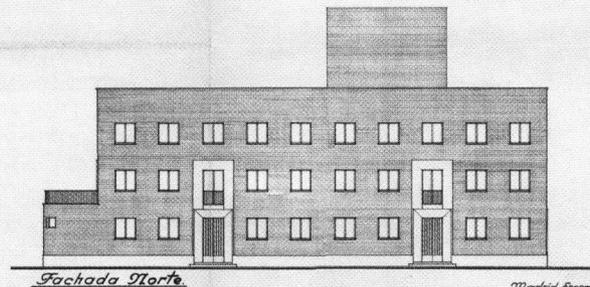
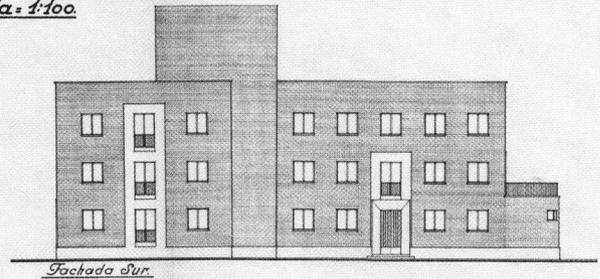
FUNDACION NACIONAL.  
PLANOS.

Fundación Nacional.  
Fachadas.  
Escala: 1:100.



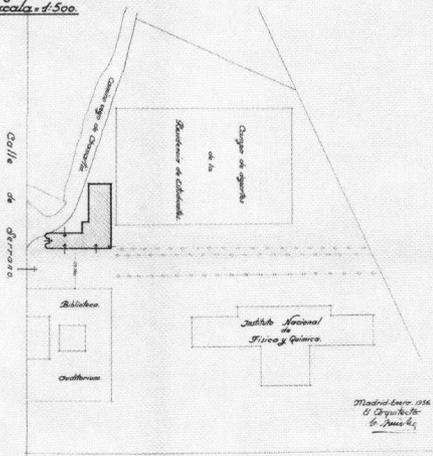
Madrid-Enero-1936  
El Arquitecto  
C. Arniches

Fundación Nacional.  
Fachadas.  
Escala: 1:100.



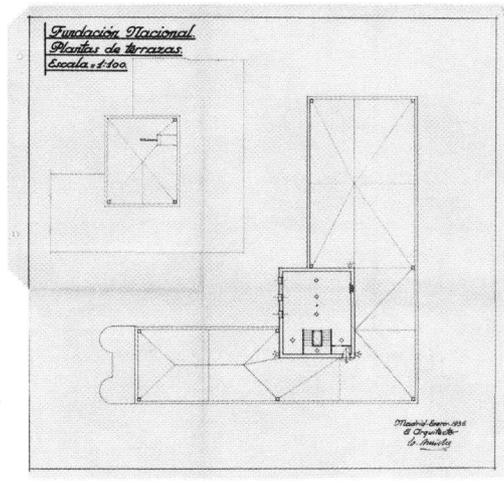
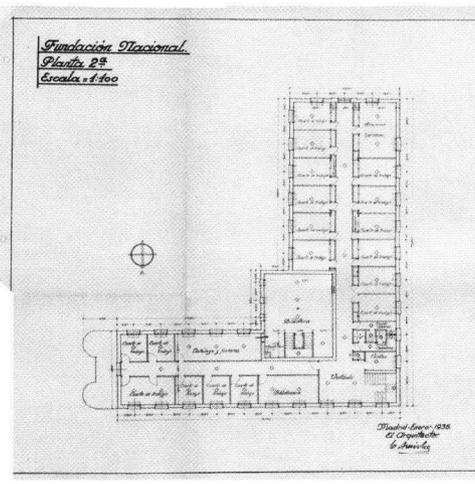
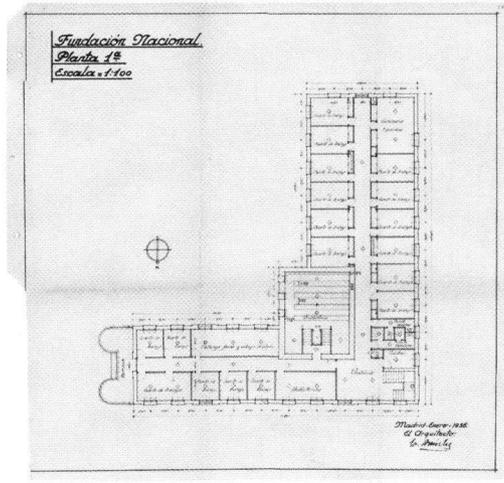
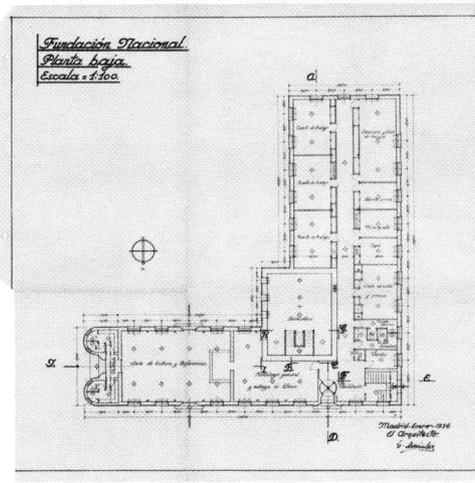
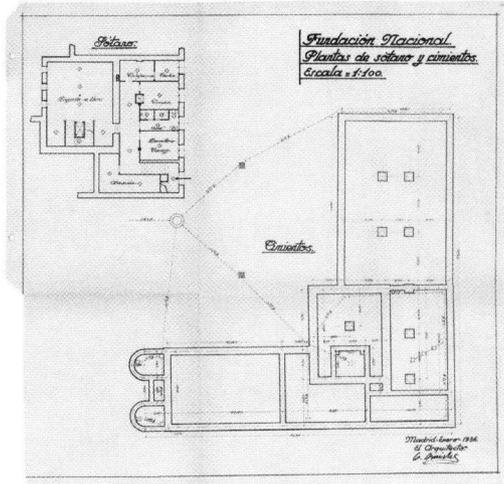
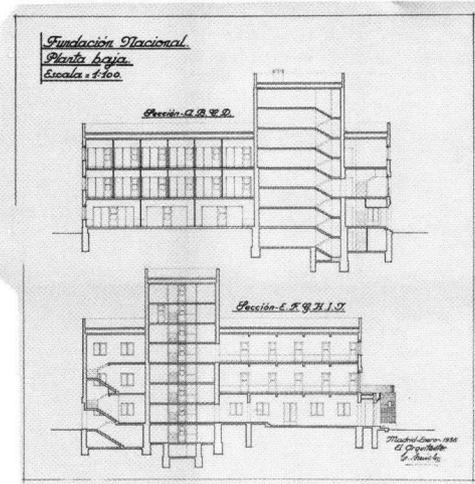
Madrid-Enero-1936  
El Arquitecto  
C. Arniches

Fundación Nacional.  
Emplazamiento.  
Escala: 1:500.



Madrid-Enero-1936  
El Arquitecto  
C. Arniches

Portada, planos de emplazamiento, fachadas este y de poniente, y fachadas sur y norte del proyecto para la construcción de la sede de la Fundación Nacional para Investigaciones Científicas y Ensayos de Reforma, del arquitecto Carlos Arniches, Madrid, 1936. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid.



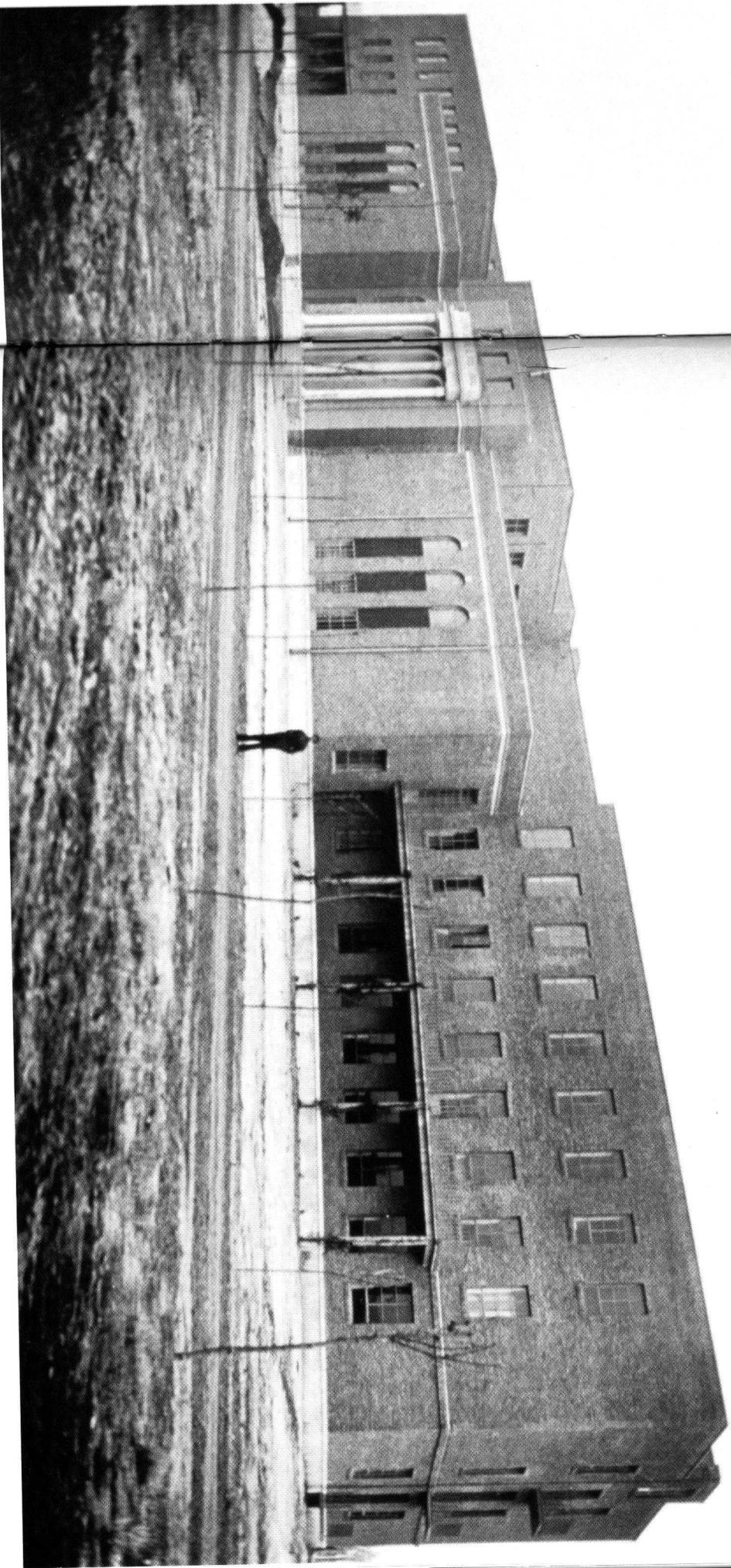
Planos de secciones y de las plantas de sótano y cimientos, baja, primera, segunda y de cubiertas del proyecto para la construcción de la sede de la Fundación Nacional para Investigaciones Científicas y Ensayos de Reforma, de Carlos Arniches, Madrid, 1936. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares, Madrid.

dos tipos de huecos que en ella se abren, como los únicos recursos que maneja el arquitecto en una propuesta despojada y rigorista.

Hemos visto, para terminar, cómo el sabio manejo del ladrillo recocho que hace Antonio Flórez en los pabellones de la Residencia de Estudiantes proyecta hacia el futuro la mejor tradición madrileña del neomudéjar del siglo XIX desde nuevos parámetros de orden pedagógico e higienista; y cómo en el edificio del Instituto Nacional de Física y Química de Luis Lacasa y Manuel Sánchez Arcas, o en el frustrado proyecto para la sede del Centro de Estudios Históricos y de la JAE, o en el auditorium y la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, o el pabellón de bachillerato del Instituto-Escuela, entre otras obras de Carlos Arniches y Martín Domínguez, se pone de manifiesto la tensión creativa entre lo clásico y lo moderno desde la confrontación de temas como, por ejemplo, la disposición general que los edificios manifiestan en sus plantas y la cualidad masiva de sus volúmenes con aspectos como la repetición, modularización, estandarización, industrialización, etc., que atestiguan la presencia de parámetros modernos como igualdad, economía e higiene.

También hemos observado cómo una arquitectura que podríamos llamar regeneracionista, que toma el reto de ser moderna desde la búsqueda de una identidad nacional, asumiendo una imagen cultural de carácter tradicional, da paso a otra que, sin renunciar a dar continuidad a la primera, quiere ser la expresión simbólica de una institución consolidada y renovada, como lo fue la Junta en los años de la Segunda República, en la que los parámetros racionalistas y los caracteres de monumentalidad heredados del sistema clásico conviven y se refuerzan mutuamente en la definición de una arquitectura de Estado. En definitiva, vemos cómo el arquitecto *artista* que fue Antonio Flórez dio paso al arquitecto *técnico*, representado de manera ejemplar en las trayectorias de Manuel Sánchez Arcas y sus compañeros generacionales.

Estas arquitecturas promovidas e impulsadas por la Junta corresponden a dos momentos excepcionales y brillantes: uno, en torno a 1913-1915, representado por el trabajo de Antonio Flórez en la Residencia de Estudiantes; el otro, desde 1927 hasta 1936, reflejado en los trabajos de Luis Lacasa, Manuel Sánchez Arcas, Carlos Arniches y Martín Domínguez, que completan el iniciado por Flórez. Estos últimos asumen los nuevos retos que se plantean a la arquitectura a finales de la década de los veinte y primeros años treinta en un país que acepta que la modernización debe ser un proyecto colectivo, no ajeno al Estado, donde haya un compromiso ético para alcanzar un progreso laico y civilizado, y donde las arquitecturas construidas por la Junta en Madrid sean el laboratorio de las que se construyan en España.



Vista general del Instituto Nacional de Física y Química, más conocido como «el Rocaefeller» por haber sido la Fundación Rocaefeller la entidad que financió su construcción en Madrid. 1932. Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares. Madrid.